



La confesión
de Constanza

CHRISTOPHE PAUL

La confesión de Constanza

CHRISTOPHE PAUL

Título original: *La Confession de Constanza*
Traducción : Véronique Conesa
© Christophe Paul 2014

Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo
1ª edición: abril 2014

© Ediciones CreateSpace IPP

ISBN: 978-1497561823
Depósito legal: M-8953/2014

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

A todas las mujeres que renacen en primavera

PERSONAJES

Constanza Sereni

Inés Belloch

Regina

Massimo Di Lauro

Salvatore Di Lauro

Angelo Belletti

Zoe

Zita

Paolo

Gino

Fasio Smith

Nathan Wells

Émerson Jesús Hernández

Protagonista

Amiga infancia Barcelona

Asistente en casa de Constanza

Marido de Constanza

Cura, hermano Massimo

Director financiero

Peluquera Nápoles

Hija de Zoe

Marido de Zoe

Personal trainer - Hermano de Zoe

Inspector brigada Antidrogas

Profesor australiano.

Narcotraficante

1

Nápoles – finales de junio

Un reluciente taxi blanco se detuvo en la esquina de la piazzetta Caria-ti, en la parte alta de la ciudad, bajo el sol del mediodía. Allí la amplia vista de Nápoles bañada en su luminosa bahía azul, contrastaba con los humildes y sombríos edificios que la rodeaban.

El chófer cobró su viaje observando cómo la *bella donna*¹ que había recogido en la piazza Garibaldi se deslizaba fuera del coche, cerraba la puerta con cuidado y se adentraba sin vacilar en el temido *Quartieri Spagnoli*², desvaneciéndose por una de las oscuras y enfermizas callejuelas que conducían hacia la mala zona, adornada con bombillas, relicarios y banderitas de papel de todos los países.

El taxista metió una marcha y arrancó con un suspiro. Dónde iría esa mujer de aspecto frívolo y aristocrático.

Había subido a su taxi en la fila de la *Stazione Centrale*³ llenando el habitáculo con su perfume caro y su sonrisa franca y contagiosa. La espío a hurtadillas por el espejo, cruzando su mirada sincera y luminosa en varias ocasiones sin que ella se molestara. Como si se conociesen desde siempre. Tenía una bonita melena castaña, limpia y brillante... pensó él. Unas cejas espesas y salvajes acompañaban sus ojos verdes y húmedos, de un verde tan oscuro que recordaban al mar Tirreno en un día de tempestad. Una nariz italiana, con carácter. Y una boca... una boca para soñar, hecha para sonreír, de esas sonrisas que iluminan la cara y dan una belleza insuperable. Vestía estricta, a pesar del día veraniego. Falda y chaqueta de

¹ Mujer guapa.

² El Barrio Español.

³ Estación Central.

lino azul marino sobre una blusa de seda blanca, un discreto y vaporoso tocado blanco y negro coronaba su pelo realzando aún más su esbelta elegancia. El único detalle extravagante, en el que se fijó mientras la observaba alejarse: la falda que llevaba por debajo de la rodilla tenía en el lado derecho una apertura que llegaba hasta medio muslo, dejando ver discretamente a cada paso unas medias de rejilla color café tostado que contrastaban con la palidez de su piel. Detalle que podría haber dejado alguna falsa sensación, rápidamente disipada por unos peep toes¹ azul marino y blanco de poca altura, a juego con un pequeño bolso plano y el elegante tocado. Discretos y caros, con toda seguridad. Hablaba en un italiano correcto, demasiado para ser italiana, demasiado para ser turista.

La campana de alguna de las más de cuatrocientas iglesias de Nápoles acababa de cantar las doce y media en la incierta lejanía. Los rayos del sol invadieron por unos minutos el sucio pavimento negro de la oscura callejuela orientada hacia el puerto. Las ropas tendidas de los balcones se tiñeron de color, iluminando las tristes y vetustas fachadas, devolviéndolas por unos instantes a un esplendor perdido quinientos años atrás.

Constanza caminaba segura de sí misma, sin importarle la mirada ávida de los hombres. Sabía que aquí estaba a salvo, llevaba casi quince años pasando por estas calles. La mayoría la reconocía, era la mujer de Massimo Di Lauro y esto imponía cierto respeto. Acostumbraba a ir con la mirada altiva perdida en algún horizonte lejano, pero hoy era diferente, observaba, sonreía, parecía otra. Sus ojos se encendían cuando el sol la deslumbraba.

Saludó a una mujer atónita, que limpiaba unas doradas en su puesto de la *Pescheria Azzurra*² en el centro de la callejuela. Ella no fumaba pero entró a comprar un paquete de cigarrillos en la *tabaccheria*³ porque le apetecía hacerlo, se sentía libre.

¹ Peep toe: zapatos con la punta abierta que dejan ver los dedos.

² Pescadería Azul

³ Estanco

Siguió abriéndose camino entre puestos de verdura, ropa, pescado, música... y una multitud abigarrada que iba y venía.

Dos intrépidos chicos en un viejo scooter pasaron rozándola y lanzando piropos.

— *Che bella, se essere sexy fosse un delitto, passeresti la vita nel carcere!*¹

— *Cosa fa una stella volando così bassa?*²

— *Cupido mi ha trafitto, mi sto innamorando di te.*³

Y la motocicleta desapareció como había venido, en un sonido atronador.

Constanza sonrió ante tanta espontaneidad y atrevimiento, pensando que poco tiempo atrás seguramente se habría ofuscado por tanta desfachatez y se lo habría comentado a su confesor.

Este pensamiento la devolvió a la realidad y a lo que la había traído de vuelta a Nápoles. Sus ojos se oscurecieron levemente. Apretó el paso. El sol seguía su camino y había abandonado el negro pavimento para trepar poco a poco por las fachadas a su izquierda. Dentro de poco todo volvería a la triste realidad, sucia y desvaída.

Más adelante se dio cuenta de que la Pizzería Trattoria Paolo había cerrado definitivamente, para siempre, Paolo no volvería a preparar sus deliciosas pizzas.

La tormenta invadió sus ojos, su sonrisa desapareció dejando una boca decidida.

Constanza dobló la esquina y se apresuró aún más, caminaba con paso firme y decidido. Había vuelto para terminar algo, para cerrar una etapa de su vida... El sol dio definitivamente la espalda a la oscura callejuela y la maléfica presencia de la Camorra volvió a palpar en el ambiente; los turistas retrocedían mientras las miradas hostiles se filtraban entre la muchedumbre.

Sus pasos la condujeron hasta una tétrica placita en la que se imponía

¹ ¡Eh guapa, si ser sexy fuese un delito, te pasarías la vida en la cárcel!

² ¿Qué hace una estrella volando tan bajo?

³ Cupido me ha flechado, me estoy enamorando de ti

una lúgubre iglesia de finales del barroco.

Miró con ojos nuevos la fachada arruinada del pequeño santuario, con su pintura desconchada, su pórtico agrietado y sus columnas casi inexistentes. Todo había cambiado para ella. Las cadenas de la sumisión se habían disuelto. Una sonrisa maquiavélica se dibujó en sus labios sensuales y sus ojos brillaron con un destello preocupante.

Empujó la reja de acceso que separaba el territorio de Dios del común de los mortales, subió despacio los cuatro escalones de mármol roídos por los siglos de los siglos y entró decidida en el recinto sagrado respirando hondo.

La pesada puerta de madera sonó tras ella pero esta vez no se sintió atrapada. Se detuvo un instante para observar por primera vez lo que sus ojos habían visto durante años, el impresionante interior inmaculado, blanco y dorado, mucho más amplio y pulcro de lo que dejaba presagiar la fachada.

Nada había cambiado desde la última vez. Por qué habría de cambiar. Seguramente llevaba así una eternidad. La que había cambiado era ella. Se había liberado de la prisión en la que estaba en clausura.

Constanza se sobrepuso, ya no sentía la opresión ni la paz que le producía el templo de Dios. Caminó lentamente hacia los confesionarios oscuros y pesadamente labrados. Él ya estaba allí, la había visto entrar y se había apresurado a tomar su sitio en la cabina, en la penumbra, protegido por el misterio y la celosía.

Había visto con el rabillo del ojo cómo él se reponía de su sorpresa al verla y se precipitaba a grandes zancadas, un poco agachado para pasar desapercibido entre los revuelos de su negra sotana, o tal vez encorvado por el peso de los años. Era el hermano mayor de su marido, alistado en las filas de la iglesia por amor a Dios todo poderoso o por una tradición que no quería dividir una herencia complicada. Todo quedaba siempre en familia.

Bajó delicadamente el corto velo de rejilla negro de su tocado hasta media cara. Se arrodilló sobre el desgastado terciopelo rojo del confesionario, remangando su falda más de lo necesario para que no se arrugara, enseñando unas preciosas medias de rejilla que se le antojaban obscenas e irreverentes en este lugar.

—*Buongiorno Constanza*¹, hace mucho tiempo que no venías por aquí.

Viendo que Constanza no contestaba y escrutaba con insistencia la rejilla del confesionario, Salvatore Di Lauro decidió dar por terminado su monólogo y empezar la confesión:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Bendígame padre porque he pecado.

—Te escucho hija.

—He matado...

¹ Buenos días Constanza.

2

Roma – 3 meses antes

El sol se deslizaba por las ventanas del pequeño comedor inundando el mantel de encaje blanco con su luz cálida a pesar de la hora. El espejo del aparador reflejaba la alegría de unas paredes de papel japonés vestidas con coloridas acuarelas y pequeños grabados. La primavera había empezado con buen pie dejando atrás un invierno frío y lluvioso que se había hecho eterno.

Los sensuales labios de Constanza se posaron con deseo contenido sobre la delicada taza de porcelana para tomar un último sorbo de café mientras su mirada controlaba la hora en el enrevesado reloj de oro y cristal del aparador. Las nueve de la mañana, iba a llegar tarde a su misa diaria. Sus labios esbozaron una sonrisa soñadora, devolvió la taza a su pequeño plato decorado con las mismas flores azules, y rompiendo la rutina cotidiana cogió otra rebanada de pan tostado de la negra panera africana. La untó concienzudamente con mantequilla irlandesa y añadió una buena capa de mermelada casera, para luego dejar dibujada en ella la huella perfecta de un mordisco pecaminoso.

Desde hacía unos años, el inicio de la primavera la alteraba y la perturbaba más de lo habitual, cada vez era más difícil de controlar.

Estaba en el pequeño comedor que usaban a diario. Más sencillo y alegre que el de las recepciones a pesar de algunos objetos que no le habían dejado quitar, reliquias familiares de otros tiempos... Desayunaba sola, como casi siempre. Massimo se iba muy pronto con el primer tren para Nápoles, poco más de una hora de viaje durante la que podía trabajar

cómodamente en el compartimento Ejecutivo del tren de alta velocidad; un vagón con sólo ocho asientos de cuero, WI-FI y todos los servicios imaginables. Sus oficinas seguían en la ciudad de *Partenope*¹, en el *Centro Direzionale*², a pocos minutos de la Estación Central.

Los Di Lauro eran una familia de Nápoles desde siempre y para siempre. Su fortuna originada por las actividades del puerto se había diversificado mucho hoy en día y Massimo dirigía con mano de hierro un pequeño imperio que llegaba hasta España gracias a su dote, a su pequeña aportación, como solía decirle él. Ella era de Barcelona y su padre había arreglado el matrimonio para su bien y su futuro. Y el de la empresa. Su madre, que no llegó a ver la boda, había puesto como condición que su hija terminase una carrera universitaria antes de ser encadenada en otra tierra y su padre había respetado su voluntad. No porque tuviese en cuenta a su mujer, sino más bien por alguna superstición hacia el más allá. Ella llegó al mundo después de muchos intentos y fracasos, pero no era varón y su padre no le prestó atención. Pronto fue a parar a un pensionado para señoritas acomodadas, en el que unas monjas agriadas lucharon largos años contra su rebeldía, hasta encarrilarla.

Sacudió fuertemente la cabeza para no seguir pensando en el pasado. Su madre sólo fue capaz de traer una hembra para la descendencia, pero ella no había conseguido ni eso. Los exámenes médicos habían dicho que todo estaba bien, pero nada. De todas maneras ya se habían hecho a la idea, y Massimo se había alejado. A veces, como en esta ocasión se que-

¹ **Parténope:** Nápoles se construyó a unos kilómetros de una ciudad existente, "Parténope" o "Palépolis" (ciudad vieja). En la mitología griega Parténope era la menor de las tres sirenas que desde las rocas de Capri intentaron seducir con sus cantos a Ulises, quien se ató al palo mayor consiguiendo así ser de los pocos mortales en disfrutar de los bellos cantos sin morir ahogado después. La sirena, desesperada, se ahogó de pena y su cuerpo llegó a la costa de la ciudad vieja.

² **Centro Direzionale:** es el nombre que recibe la zona de rascacielos próxima a la Stazione Centrale. Se empezó a planificar a mediados de los años 60 con el doble objetivo de descongestionar el centro histórico y de dotar de nuevas oficinas a la administración pública. Su construcción comenzó en 1985 y contó con diseños de arquitectos tan prestigiosos como Renzo Piano. El edificio más alto es la Torre Telecom Italia (edificio más alto de Italia hasta 2010) que alcanza 129 m, seguido de las Torri Enel 1 & 2 de 122 m.

daba en Nápoles toda la semana. Al principio ella le acompañaba, la casa familiar se encontraba en via Partenope, en primera línea del mar, en lo alto de un bonito edificio propiedad de los Di Lauro desde generaciones, igual que el de Roma. Le gustaba ir allí, desayunar en la terraza viendo la bahía de Nápoles, el Castel dell'Ovo¹, y a veces cuando el tiempo lo permitía hasta la isla de Capri y la península Sorrentina cerrando el golfo. Luego daba largos paseos por la ciudad, en verano se bañaba en las playas cercanas...

Eso era antes, cuando todo era bonito y ella se declaraba enamorada y dispuesta a seguir el juego.

Se levantó dando por finalizado su desayuno y siguiendo una rutina bien orquestada, se acercó a la luminosa ventana para recibir el calor del sol mirando la copa de la palmera del jardín. Alzó la vista un momento, sus ojos se llenaron de luz con destellos verdes mientras observaba los tejados de Roma, luego miró via Veneto al final de las escaleras, había poca gente paseando, era pronto.

Hoy iba a ser un día diferente. Todos los años, todas las primaveras, sobre todo desde hacía algunos años, existía un día en el que volvía a sentir esa sensación de libertad, de evasión, rápidamente eclipsada por la obligación del deber bien hecho. Pero hoy iba a ser diferente.

—¿*Signora*², puedo retirar el desayuno?

—Sí Regina, gracias

Igual que todas las mañanas.

Iba a llegar tarde a misa.

¹ El **Castel dell'Ovo** (Castillo del Huevo) es un castillo situado en el islote de Megaride, en Nápoles. Según una leyenda napolitana, Virgilio habría escondido un huevo mágico en los cimientos del castillo. Sin este huevo mágico, la fortaleza se destruiría y Nápoles sufriría innumerables catástrofes.

² Señora

3

Estaba de pie en el amplio vestidor, junto a su habitación. Regina, la asistente, había hecho la cama mientras ella desayunaba. Todo estaba en su lugar incluso la bolsita de papel brillante con las asas de cuerda y el lacito rojo que la cerraba, exactamente en el lugar en que la había dejado al volver a casa el día anterior.

Las tres paredes de la pequeña habitación estaban ocupadas por grandes armarios con puertas de espejos, del suelo al techo. Igual que cada mañana se desnudó para mirar los múltiples reflejos de su cuerpo. Massimo le sacaba pegas constantemente, desde la primera noche, nunca nada estaba a su gusto. Pero su amiga Inés siempre le había dicho que si las mismas monjas del instituto habían insistido tanto en que era demasiado guapa y que tenía que tapar y esconder ese cuerpo escandaloso que le había dado el demonio, algo bueno tenía que tener. Tal vez había engordado algo estos últimos años, pero sus senos estaban igual de respingones y erguidos, no tenía apenas tripa y su... ¡Alto!

Nunca había hablado a nadie de esas sesiones matinales, ni siquiera en confesión, tal vez porque no sabía si catalogarlas en el epígrafe de la Lujuria o en el de Soberbia. O peor aún, en las dos cosas.

Era su válvula de escape, su secreto íntimo, un ritual que la mantenía viva en esta monotonía de obligaciones de mujer correcta.

Iba a vestirse de nuevo, pero esta mañana no le dio la gana esconderse. Mandó su ropa a paseo con una ágil patada y recogió inquieta la bolsa brillante del suelo. Ayer había ido de compras, a un barrio en el que no la conocían, donde iban las chicas liberadas y de espíritu joven, como su

amiga Inés cuando venía a Italia. Un barrio en el que las rancias beatas como ella no se atrevían ni a pensar. Aunque pensándolo bien, en via Condotti, en las lujosas tiendas en las que ella se vestía, había cosas parecidas. Pero ella no las veía, no las podía ver, ella era clásica, muy clásica, extremadamente clásica. Eso era lo que más le gustaba a Massimo: clásica y discreta, en todos los aspectos. Dónde había ido a parar la pequeña Constanza, desbordante, dicharachera y temperamental, esas carcajadas límpidas que llenaban las estancias... sólo había conservado su buen humor y su optimismo que la habían ayudado a seguir adelante.

Metió con cierto temor la mano en la bolsa, como si alguna serpiente la fuera a morder y extrajo algo muy despacio a la vez que se ruborizaba con una mezcla de placer prohibido.

Soltó repentinamente la bolsa como si se hubiese quemado. En los espejos quedó grabado para la eternidad el reflejo de un trocito de tela color salmón sujetado por una mano estoica, desplegándose con suavidad mientras la bolsa brillante revoloteaba con destellos en su caída, hasta convertirse en un precioso vestido de algodón fino tan de moda este año.

Le costó unos segundos reponerse de la visión que acababa de presenciar y asociar el cuerpo desnudo que se reflejaba en la escena como el suyo.

Observó el bonito vestido, parecía muy pequeño, se arrepintió de no habérselo probado en la tienda. Se sentía tan cohibida por lo que estaba haciendo que le dijo a la dependienta que era para un regalo y que la chica tenía más o menos la misma talla que el maniquí de la vitrina. Se lo pusieron en una bonita bolsa brillante para regalo y huyó del sitio como si hubiese cometido algún pecado capital.

Lo sujetó delante de su cuerpo desnudo mirándose en el espejo, le gustaba como quedaba, la hacía más joven, más sensual. Esbozó una sonrisa traviesa y se puso el vestido tal cual estaba. Sintió la caricia suave del fino algodón sobre su cuerpo desnudo mientras se deslizaba para ocupar su sitio y se amoldaba a sus formas. Era como una segunda piel, le sentaba como un guante, pero sin exagerar, como si hubiese sido hecho a medi-

da. Un bonito vestido de entretiempo para una persona radiante, que era el estado en que se encontraba ella en estos momentos. Era ceñido hasta la cintura y luego se abría. La tela tenía una buena caída, se amoldaba de forma sensual al cuerpo en cada movimiento para luego volver suavemente a su sitio. No llegaba a la rodilla, incluso le faltaba bastante para llegar, pero no era corto. Le gustaba. Qué contraste con los que llevaba habitualmente, todos por debajo de las rodillas, suficientemente bajo para que cuando se sentara se quedasen siempre cubiertas.

Ahora los zapatos. No se podía poner ninguno de los habituales, chocarían. ¿Y aquellos que compró la pasada primavera? Aquellos rojos pálidos con un poco de tacón. Los sacó de la caja en la que habían sido relegados completamente nuevos y se los puso. Tendría que comprarse unos más adecuados, con un poco de alza, de los que estaban de moda y llevaban las chicas por la calle.

Dio unos pasos imitando las modelos en los desfiles; sólo le faltaba la alfombra roja, pensó. Y en un arrebato de euforia dio dos vueltas sobre sí misma, haciendo que el vuelo del vestido subiese hasta la cintura formando un bonito disco de tela, desvelando unas largas y envidiables piernas, unas nalgas prietas y redondas y un...

Paró tan en seco que casi se tuerce un tobillo. ¿Cómo podía haber llegado a esto? Si Massimo la viese ahora... ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Recordaba la cara que puso al principio de su matrimonio, cuando ella llegó a casa con un vestido de verano comprado a un gran modisto francés, un vestido que no era ni la cuarta parte de osado. Todo porque iban a pasar una semana en la Riviera Francesa y ella quería estar guapa para él, a la última moda.

Se quitó todo rápidamente y volvió a ponerse la bata que llevaba en el desayuno, el camisón se llevó otra patada de rabia. Abrió el armario de la derecha y apartó la ropa colgada en el recoveco de la esquina. Suspiró viendo los tres vestidos que estaban escondidos allí, era el cuarto año consecutivo que se atrevía a comprar algo diferente, siempre en primavera. Se lo pedía el alma, pero luego no podía. Su correcta educación estaba

demasiado arraigada, la habían moldeado desde pequeña, y este molde no se podía romper tan fácilmente. Tal vez el año próximo.

Dos golpecitos discretos la trajeron de vuelta.

—Sí Regina.

—Signora, va a llegar tarde.

—Gracias Regina, puedes volver a tus cosas.

Qué le pasaba hoy a ésta. Sólo faltaba que la asistenta le dijese lo que tenía que hacer. Regina llevaba con ellos muchos años. Había venido muy joven por recomendación, era una buena chica del sur de Nápoles, de una familia humilde de campesinos, joven, pequeña, renegrada, con un pelo oscuro que empezaba a media frente, unos ojos negros como la lava del Vesubio y un bigote, pensó Constanza con ironía, un bigote que se depilaba todas las semanas, los sábados por la mañana cuando les ofrecía la visión rojiza escocida en el servicio del mediodía, y por los andares tal vez alguna zona más... Sonrió con malicia. Ya pondría las cosas claras con ella más tarde.

Volvió al cuarto, su despertador marcaba las nueve y media, Si no se daba prisa no llegaría a misa.

4

Constanza estaba cómodamente sentada esperando que le trajesen el modelo que había elegido de su talla. Era la única clienta. A parte del joven vendedor que la había atendido, el resto del personal estaba dedicado a guardar, colocar y limpiar. Una mujer de mediana edad, que debía de ser la propietaria o la gerente del establecimiento ordenaba papeles en un pequeño mostrador. El suelo de parqué dorado oscuro competía con los sillones de cuero para dar al establecimiento un ambiente de lujo inconfundible. Minutos antes estaba delante de la tienda mirando el escaparate cuando el joven vendedor salió sonriendo para subir la persiana metálica. Eran las diez en punto, la hora de misa.

Salió de casa un poco exasperada por la insistencia de Regina. La asistente había vuelto a decirle que iba a llegar tarde a misa, mientras ella desde la puerta, le avisaba que se marchaba. Habría que pararle los pies rápido, bastante tenía con las miradas recriminatorias de su marido “que hablaban por sí solas”. Bastante había tenido con la madre de Massimo, que vivió sus últimos años con ellos y le hacía revisión completa todos los días, acompañándola incluso a comprarse la ropa. Menos mal que la Tutankamon, como la llamaba su amiga Inés, tuvo a su hijo menor muy tarde y los abandonó antes de ser centenaria, añadiendo que la funeraria tendría que haberles hecho un descuento porque ya estaba perfectamente momificada.

En el hall del edificio se cruzó con el repartidor de leche cargado con sus cestas de botellas blancas. Era una especie en vías de extinción y

ellos unos privilegiados de poder tener este servicio. El chico, de unos veinte años, alto y guapo, venía los martes y su padre el viernes. Así tenían leche fresca toda la semana. El muchacho la saludó cortésmente y ella salió a la calle. Iba a llegar tarde a misa.

Cuando estaba llegando al pie de la escalinata de la piazza di Spagna¹, camino de la iglesia, un grupo de mujeres dicharacheras se cruzó con ella conversando alegremente, vestidas alegremente. Constanza se volvió a su paso, una de ellas llevaba su vestido, o uno muy parecido, muy muy parecido, o era la mujer la que se le parecía. No, era más rellenita, más bajita y tal vez tendría unos años más. Subían las escaleras riéndose y dándose pequeños empujones entendidos, unas con vestidos, todos por encima de la rodilla, otras con pantalones ceñidos o vaqueros descoloridos, se movían de manera sexy y natural. La mujer llevaba unos zapatos de plataforma de tela semi-cerrados, seguro que le quedarían bien a ella...

Unos chicos que bajaban les dijeron algo al pasar que ella no alcanzó a oír, pero las mujeres rieron más todavía. Seguro que eran unos piropos. Luego pasaron cerca de ella sin fijarse en su presencia y girándose varias veces para ver el grupo que seguía subiendo, cacareando y riendo.

Cruzó la piazza di Spagna y entró apresuradamente en via Condotti. Se sentía desengañada, un sentimiento de tremenda frustración la invadía. No llevaba vaqueros desde sus años de universidad en Barcelona, ni camisetas ajustadas, ni trajecitos de algodón. Pero no los había tirado, sabía perfectamente dónde estaban. En una caja de cartón en el armario de la derecha de su vestidor, con el resto de sus frustraciones.

En estas fechas y a esta hora no había mucha gente, las tiendas no habían abierto todavía. Estaba sofocada, no sabía bien si por las prisas o porque había tomado mayor consciencia de su aburrida y retenida existencia. Se paró a descansar para recomponerse, iba a llegar tarde a misa.

Cuando volvió a la realidad estaba delante de un escaparate mirando

¹ La Plaza de España, (en italiano piazza di Spagna) es una de las plazas más famosas de Roma. Toma su nombre del Palacio de España, sede de la embajada española ante la Santa Sede y ante la Orden de Malta. En la plaza destacan la conocida escalinata que sube hasta la iglesia de Trinità dei Monti y la barroca Fontana della Barcaccia.

unos delicados y preciosos zapatos de plataforma que sin duda quedarían perfectos con su vestido nuevo. Un dependiente joven y sonriente salió del portal contiguo con un palo terminado en un gancho de metal para abrir la persiana metálica.

Eran las diez, ya no llegaba a misa.

5

—*Signorina, per favore*¹, ¿qué pie prefiere probar? —Preguntó el joven dependiente que había vuelto con los zapatos del pecado.

Signorina, la había llamado señorita, y no señora. Un chico joven, no es que fuera un apolo pero seguro que tendría algún éxito entre las chicas de su edad. La había llamado signorina.

El dependiente, viendo que su clienta no decía nada y se contentaba con mirarle beatamente, tomó la decisión de probarle el derecho. Le cogió delicadamente el tobillo y levantando suavemente el pie, sacó con cuidado el zapato que dejó en el suelo de parqué dorado, a su lado. Viendo que la mujer seguía callada y miraba a la nada por el cristal del escaparate, se atrevió a pasar la mano por la planta de su pie recubierto por la fina media de nylon, sin prisa, casi como una caricia, pero con gesto de profesional, como si fuese para relajar el pie antes de la prueba.

Ella estaba dejándose llevar por un mar de sensaciones. No pensaba, sólo disfrutaba del instante sin ser plenamente consciente de ello.

El chico deslizó su pie descalzo y relajado en el zapato nuevo y lo giró suavemente hacia la derecha, levantándolo un poco más.

La alarma del sexto sentido femenino la hizo volver brutalmente a la realidad. Miró a su alrededor en busca de lo que fallaba. El joven y atento dependiente sujetaba su pie vestido con el precioso zapato nuevo en una posición forzada, que no tenía nada de profesional. Algo no estaba bien, la postura de su pierna y la mirada del chico, clavada en... mirando debajo de su falda, intentando verle las... le había separado ligeramente la pierna

¹ —Señorita por favor,

derecha para poder... Se sintió íntimamente turbada pero se sobrepuso rápidamente ¡Qué osadía! ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno!

Cerró las piernas en un espasmo reflejo a la vez que se ruborizaba como nunca antes lo había hecho. Estaba confusa, confusa por la situación, por lo que sentía, sobre todo por lo que sentía allí abajo. Algo que no había vivido desde hacía mucho tiempo. Algo que había reprimido durante muchos años. Le ardía la cara y le dolían hasta las raíces del pelo.

Por fin pudo reaccionar, se quitó rápidamente el bonito y delicado zapato con plataforma y se puso el suyo bajo la mirada inquieta y temblorosa del dependiente, que no sabía dónde mirar ni qué decir para no llamar la atención de la señora del mostrador que seguía clasificando papeles. Ella tampoco sabía dónde mirar, le daba pánico cruzar su mirada, no quería. Se levantó y dio unos pasos en dirección a la puerta.

—Signorina, signorina, se deja el bolso —dijo el dependiente llevándose lo humildemente y arrepentido.

Constanza se volvió y él se chocó con ella, cogió su bolso sin mirarle, salió apresuradamente a la calle y echó a correr hacia su casa.

—*Che cosa è successo?*¹ —Preguntó la señora del mostrador, la mano con un papel en suspenso.

—*Non lo so. Forse aveva un appuntamento importante*² —contestó el empleado, aliviado de haber evitado el escándalo.

La señora del mostrador volvió a sus papeles. Esas mujeres ricas eran excéntricas y raras, estas situaciones eran habituales y esta vez había sido de las suaves, algunas...

¹ —¿Qué ha pasado?

² — No lo sé. Tal vez tenía una cita importante.

6

Constanza no se detuvo hasta sentirse a salvo en el ascensor de su casa. Mil pensamientos habían invadido su cabeza mientras corría sin descanso, pensamientos que rechazaba a cada zancada. No tenían nada que ver con el joven dependiente, sino con la embarazosa situación. Debería haber ido a misa, aunque hubiese llegado tarde. Debería haber comprado esos zapatos y no haber huido de la tienda. Sólo era un muchacho que había aprovechado una situación. Bastaría con haber parecido despistada. No era para reaccionar como lo había hecho: desproporcionadamente.

Pero se había sentido tan turbada... le habían invadido tantas sensaciones olvidadas, tan sólo porque la habían mirado, deseado...

En el rellano, a un lado de la puerta, se encontraban las cestas del lechero con las botellas vacías, recogidas en los diversos pisos alquilados. Abrió la puerta de casa y entró intrigada. El chico de la leche se debía de haber parado unos minutos a hablar con Regina. Unos minutos largos, porque lo había cruzado al salir. No se oía ruido alguno. Constanza fue a la cocina, lugar adecuado para que un lechero y una asistenta mantuviesen una charla. Nadie. Habrían ido a casa de algún vecino a resolver un problema... Aprovechó que estaba allí para beber un vaso de vino, la carrera la había dejado sedienta y necesitaba un reconstituyente. Se sentía un poco mejor, estaba recomponiéndose lentamente.

Iba a salir hacia su cuarto cuando oyó unos gritos ahogados. Primero no supo bien a qué atenerse. Pero rápidamente se dio cuenta de que provenían de la zona de servicio que se encontraba detrás de la cocina. Se

acercó con cuidado y se asomó a un pequeño pasillo que conducía a la escalera de servicio y que daba acceso a la despensa, al cuarto de la plancha, a un estrecho cuarto de baño y a la habitación de Regina. Se aproximó de puntillas, no le hizo falta pegar la oreja contra la puerta, los explícitos sonidos le llegaban con claridad, Regina no se refrenaba. Se quedó escuchando un rato, luchando con sentimientos contradictorios. Incluso pensó en irrumpir en el nido de amor y echar a Regina la fea a la calle. Pero optó por no hacerlo. Hoy ya se había comportado de manera estúpida, no iba a repetir la experiencia.

Fue rápidamente a su cuarto presa de una multitud de sensaciones que ya no intentaba eludir. Necesitada una ducha fría, bien fría.

Ahora entendía por qué Regina estaba tan impaciente de que se fuese a misa. El chico sólo venía los martes, tendrían que haber esperado una semana para... Pero ¡por Dios! con lo fea que era, cómo podía haber seducido a un chico tan guapo. Porque él era guapo, muy guapo. Cómo le podía gustar esa enana renegrada, y con bigote.

Constanza se arrepintió inmediatamente de sus pensamientos. Eran celos, envidia de que una chica joven, sin educación y además fea sin remedio, hiciese con su vida lo que le viniera en gana, sin trabas ni remordimientos por lo que sentía y necesitaba.

Llegó a su cuarto temblorosa y febril, se desnudó y entró en la ducha. Pero no fue capaz de encender sólo el agua fría. Los pensamientos turbios se atropellaban en su cabeza y en otras partes de su cuerpo. Las sensaciones la desbordaban. Su mano acompañó el agua en busca de alivio. Un terremoto sin precedentes la sorprendió casi de inmediato, dejándola extenuada, sentada en suelo, la cara apoyada en el cristal, presa de las múltiples réplicas que sacudían su cuerpo. El agua seguía cayendo de la enorme alcachofa como una lluvia purificadora, un bálsamo mágico que todo lo resuelve. No se sentía culpable. Por primera vez en su vida, no se sentía culpable.

Nápoles - Centro Direzionale.

—Soy yo —dijo sin preámbulo la voz endeble de un hombre con fuerte acento sudamericano a la que contestó otra a bocajarro con fuerte deje italiano:

—¿Ya tiene noticias de la próxima entrega?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—No se preocupe, puede hablar con toda tranquilidad, esta línea está limpia.

Un corto silencio mientras su interlocutor evaluaba el riesgo antes de seguir hablando.

—Perfecto, estoy en una cabina de la autovía AP-7, a la altura del Prat de Llobregat.

—Veo que ya ha llegado a Europa.

—Tengo que organizar la llegada a Barcelona. Desde que su suegro no está, las cosas han cambiado mucho por aquí. Sólo nos queda un atajo de inútiles que se lo hacen en los pantalones a la menor señal de peligro, pero que siguen en el negocio por codicia.

—Están en esto desde siempre, no me imagino a ninguno rajándose en el último momento, ni tampoco dando un chivatazo. Saben lo que les espera...

—Me inquietan más los rusos, están proliferando en la costa española. Aquí en Barcelona intentan hacerse con nuestras actividades en el puerto. Son gente sin principios, sin código de honor, no les importan los escándalos y se están haciendo cada vez más fuertes.

—La policía española los está acosando...

—Sólo cogen la morralla. Eso sí, con mucho bombo y publicidad, pero a los grandes no los tocan, hay muchos intereses en juego.

—Sigo proponiendo que lo traigamos todo a Nápoles, aquí somos los amos y nadie viene a meterse en nuestros asuntos. Algunos lo han intentado...

—Mis jefes no quieren correr el riesgo de perderlo todo. La mercancía ha salido hace unos días desde distintos puertos de Chile, repartida en cinco buques. Hemos tenido que desviar el cargamento de Algeciras, desde la última operación de la Guardia Civil el puerto está bajo vigilancia.

—¿Tiene fecha de llegada?

—Todavía no, van a pasar el canal de Panamá. Si todo va bien, calculo que llegarán en unos veinte días. Le avisaré personalmente.

—Espero que no haya problemas.

—Está todo bajo control, cruzar el canal de Panamá es un puro formalismo, ninguno de los que han participado en el traslado por vía terrestre hablará y la tripulación no sabe nada. No podemos correr riesgos, sólo su parte representa más de cuatro toneladas.

La voz del hombre se había hecho menos endeble, más metálica, la muerte de unos hombres no significaba nada para él y menos cuando representaba una parte del éxito de una operación tan productiva.

—Cuatro mil doscientos kilos —puntualizó la voz con acento italiano—. Espero que lleguen sin contratiempos.

—Éste es mi trabajo, el suyo es procurar que no haya problemas a la llegada a Nápoles y hacer la transferencia.

Los dos hombres se despidieron sin más protocolo. Habían hablado lo que tenían que hablar, no había nada que añadir.

Nada más colgar Massimo Di Lauro se levantó, cruzó su gran despacho de la torre Enel en el Centro Direzionale, y abrió con cuidado la puerta. Su nueva y encantadora secretaria rubia estaba concentrada en las invitaciones de la Gran Gala Benéfica anual del grupo Di Lauro de la semana siguiente. Un trabajo a la altura de sus posibilidades profesionales...

—Señorita, dígale a Angelo Belletti que venga a mi oficina, por favor.

—Ahora mismo señor Di Lauro —contestó la encantadora rubia con un sobresalto y una sonrisa tentadora, saliendo de su ingente concentración.

Massimo volvió a sus dominios contento de su última adquisición, se había cansado de la anterior secretaria, que ahora tenía un puesto en una de sus sucursales con un pequeño aumento de sueldo.

Pasó delante de la maravillosa vista panorámica del golfo de Nápoles que le ofrecía el ventanal de su despacho, sin hacerle el más mínimo caso. La había admirado los primeros días pero ahora formaba parte del decorado, había dejado de prestarle interés, como a tantas otras cosas.

Iba a llegar otro cargamento y había que preparar todo lo necesario. En cuanto la mercancía estuviese en tierra tendría que emitir una transferencia de cuarenta millones desde una de sus cuentas en un paraíso fiscal a otra en otro paraíso fiscal. Eso no era complicado, lo haría desde su ordenador con el módem de su teléfono privado. El problema era que todo saliese sobre ruedas cuando el barco atracase en el puerto de Nápoles: el desembarco y el transporte hasta el laboratorio temporal que acababan de montar para el tratamiento de la mercancía. Cuando acabasen lo volverían a dismantelar hasta la próxima vez, como siempre. Cada parte volvería a su escondite, en lugares diferentes. Nunca había problemas con las aduanas, pero recientemente la brigada antidroga de Roma había mandado un inspector nuevo a Nápoles y éste se estaba tomando en serio su trabajo, no paraba de husmear.

Unos golpes secos interrumpieron sus pensamientos y la puerta se abrió con decisión ante un hombre grande y corpulento, de edad avanzada, afirmando un semblante de carácter a pesar de su cara blanda.

—¿Me has llamado? —preguntó Angelo Belletti, con voz decidida, dirigiéndose hacia él con paso firme para dejarse caer en una de las butacas de su imponente despacho.

Era el director financiero supremo, el segundo de a bordo, la mano derecha de Massimo, como lo había sido de Di Lauro padre años atrás.

Debería de estar jubilado hace tiempo, pero era de los que nunca se iban. Había enterrado a dos esposas y ahora estaba casado con una falsa rubia treinta años más joven que él, insoportable y presumida. Alguna cosa más tendría...

—Gracias por venir tan rápido. La mercancía está de camino, llegará aquí dentro de unos veinte días. ¿Cómo va lo del inspector de Roma?

—Complicado

—¿Qué entiendes por complicado?

—No tenemos por dónde agarrarle. Lo hemos tanteado, el soborno no funciona, incluso puede ser peor. Ha trabajado durante muchos años en la DEA¹ de Nueva York. Es de origen napolitano y trabaja en cooperación con los americanos. Parece muy duro de pelar.

—Alguna manera habrá de comprometerlo.

—Va a ser muy difícil, ha perdido a su hija por culpa de las drogas, de la cocaína para ser más exactos.

—Un vengador —dijo Massimo preocupado.

—Lo tenemos vigilado día y noche, no va ni al baño sin que lo sepamos. Su mujer está depresiva y se ha quedado del otro lado del charco.

—¿Has intentado meterle alguna putilla en la cama para comprometerlo?

—Lo hemos intentado todo, se le debe de haber perdido el palito porque no parece que le interese el asunto.

—Sigue vigilándolo de cerca, al menos sabremos si está tramando algo y estaremos prevenidos. ¿Cómo va el laboratorio?

—La instalación está casi terminada. Tenemos que hablar de lo que haremos con la mercancía cuando esté aquí. El químico va a mejorar un poco la fórmula, quiere cambiar los estimulantes y remplazar los analgésicos por cafeína y paracetamol para evitar los últimos problemas. Y para el volumen va a añadir levamisol al manitol y a la lactosa.

Ante la cara de interrogación de Massimo, se vio en la obligación de

¹ **Drug Enforcement Administration** (D.E.A.) Agencia del Departamento de Justicia de los Estados Unidos dedicada a la lucha contra el tráfico y el consumo de drogas.

añadir una explicación:

—El levamisol es un fármaco utilizado principalmente en veterinaria para eliminar las infecciones parasitarias, parece ser que potencia los efectos estimulantes. Esto nos permitirá cortar al diez por ciento en vez de al veinte.

Massimo emitió un silbido de admiración, mientras calculaba mentalmente el resultado de la operación. Esto significaba aproximadamente noventa millones de dosis, con un valor en el mercado de unos doscientos cincuenta millones de euros. Restándole los gastos de transformación y el beneficio de los dealers¹, quedaban unos ciento cincuenta millones.

—Perfecto, vamos a sacar un cuarenta por ciento más.

—Mucho más Massimo...

—Angelo, deja que los dealers saquen también tajada. Un buen negocio es donde todos ganan, así no irán a la competencia, y sacaremos la mercancía más rápido.

—Tu mandas jefe —concluyó el director financiero antes de salir.

¹ El **dealer** es la persona que vende drogas al menudeo, a pequeña escala, en la calle, los colegios, discotecas...

8

—Lo han despedido la semana pasada —contestó la agradable dependienta mientras deslizaba con cuidado su pie en el bonito y delicado zapato con plataforma que tanto le había obsesionado desde aquel día... ¿o no eran los zapatos?

Constanza llevaba dos semanas zarandeada por un maremoto de sentimientos contradictorios, replanteándose cada segundo su encasillada y aburrida existencia. Como todos los delincuentes, no había podido resistirse a volver a la escena del crimen.

Recordaba perfectamente el fatídico día, no pudo probar bocado en una semana. Se había quedado la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, para gran desesperación de la asistente que no entendía por qué su admirada jefa le había pegado dos gritos cuando fue a avisarla por cuarta vez que la comida estaba lista desde hacía tiempo y que se iba a enfriar.

—¡Quieres dejarme tranquila!, me da igual que la comida se quede fría. No estaría de más que otras cosas no estuviesen tan calientes en esta casa.

—¿Entonces qué hago, quito la mesa o la dejo puesta? —preguntó Regina que visiblemente no entendía nada, ni relacionaba la respuesta con sus retozos lecheriles de la mañana.

—Haz lo que quieras, pero no te quiero volver a oír en lo que queda de día.

Regina se fue a su territorio encogiéndose de hombros, con cara de no entender qué mosca le había picado a la señora. Trabajaba en casa de los

Di Lauro desde pequeña y era la primera vez que la veía en este estado. Siempre estaba entera, y era muy educada. Incluso aquella mañana que fue a buscarla porque la señora madre del señor no contestaba; y fue ella quien entró valientemente y la descubrió muerta del todo.

Al salir del cuarto le había dicho:

—La señora no vendrá a desayunar... la señora no volverá a desayunar —con una voz tranquila, mirándola a los ojos para que lo entendiese a la primera.

Luego habló con el señor y se lo explicó en voz baja y apenada. Pero enseguida se sobrepuso y llamó a la señora Inés por conferencia para comentarle el documental sobre la momia de Tutankamon, el de las pirámides; ella también lo había visto.

Tenía la mejor señora del barrio, a juzgar por los comentarios que hacían las demás criadas sobre cómo las trataban.

Pero en este preciso momento su señora estaba perdida. Se había pasado el día mirándose en los espejos del vestidor, sacando ropa del armario de la derecha, tumbada en la cama, incluso hizo alguna visita a la ducha... hasta que el agotamiento pudo con ella y las estrictas normas sociales la invadieron de nuevo. Rompió a llorar desconsoladamente con una enorme congoja. Volvió a guardar todo en el armario de las frustraciones y salió a misa de las seis sin maquillar, vestida de puritana arrepentida. Pasó una noche de pesadillas y sueños controvertidos de los que no se acordaba al despertar pero que le dejaron una sensación de desazón y melancolía.

El resto de la semana fue a misa por la mañana y por la tarde, haciendo un largo rodeo, con la vista clavada en el suelo.

No consiguió hablar con Inés, su amiga del alma, para que le diese algún consejo. Le dijeron que había dejado Barcelona y que estaría de viaje por el extranjero unas dos semanas. Su móvil sonaba pero no contestaba, nunca había pasado, seguro que se le había olvidado en alguna parte. A ella le pasaba a menudo.

Inés pertenecía igualmente a una poderosa familia de Barcelona. También era hija única y también había sido relegada al pensionado para señoritas acomodadas con las mismas monjas agriadas. Pero a ella la habían dejado tranquila. Inés era más introvertida, menos resultona, pero sobre todo mucho más espabilada y madura. La universidad las había separado un poco, Inés había optado por una carrera de economía y gestión de empresas que la había llevado a Londres con una beca, mientras que Constanza había hecho farmacia en Barcelona.

Su padre también tenía arreglado un matrimonio para la buena continuación de la empresa familiar. Pero Inés no lo entendió así y volvió a casa con su diploma y un avanzado embarazo contra el que ya no se podía hacer nada. Nunca se supo quién era el afortunado padre, no se lo contó ni a su amiga del alma. El caso es que después de la dramática desaparición de sus padres, Inés se puso al frente del negocio y ahí seguía, en plena expansión, soltera y libre como el viento.

Afortunadamente Massimo no vino el fin de semana, ni la semana siguiente, uno de sus negocios requería su presencia en Marruecos. Un complejo inmobiliario con campo de golf en Asilah a unos treinta kilómetros al sur de Tánger. La crisis inmobiliaria europea obligaba a buscar nuevos mercados de expansión y Marruecos era una buena alternativa. Había visto las fotos, era un lugar de ensueño y Massimo había prometido llevarla cuando todo estuviese más avanzado. Incluso había oído pasando delante de la puerta de su despacho en casa, cómo decía por teléfono que estaba construyendo una casa para las vacaciones.

A la semana del incidente una nueva ola calor volvió a invadir Roma. El sol la acompañó de nuevo en el desayuno y un sentimiento conocido se insinuó en ella sin que intentase rechazarlo. Se dio cuenta de que era martes, el día del lechero, el día de...

Traviesa, esperó el último momento para salir de casa. Regina revoleteaba inquieta sin osar decir nada. Tenía mucho cuidado de no agobiar

a la señora desde aquel día. Se cruzó con el chico y sus cestas de botellas blancas en el hall al salir del ascensor. Él la saludó amablemente.

Constanza se dirigió a su misa cotidiana por la via Condotti. Las tiendas estaban cerradas, sus bonitos zapatos con plataforma seguían en el escaparate. A la vuelta no fue capaz de mirar hacia la vitrina, asediada por los remordimientos. Pero al subir la escalinata de la piazza di Spagna el perfume de las flores era tan intenso que la invadió como un filtro mágico que cura el alma, haciendo mella en la muralla que otros habían erigido a su alrededor, iniciando inconscientemente la vuelta a la verdadera Constanza. Una idea iluminó su mente, quería regresar pronto a casa... Y llegó pronto, las cestas con las botellas vacías estaban en el rellano. Una sonrisa maliciosa iluminó su cara, entró sin hacer ruido y cerró con un portazo. Luego se fue tranquilamente a su cuarto. Este fue el momento en que decidió no volver a misa de la tarde.

Había adelgazado visiblemente y decidió abrir el armario de las frustraciones. Pasó el resto de la mañana probándose toda la ropa que había traído con ella desde Barcelona el día de su boda. Estaba casi todo pasado de moda pero le quedaba perfecto, como si se lo hubiese comprado ayer. Estaba pensando en apuntarse a un gimnasio para ponerse en forma. Volvió a ponerse el vestido nuevo, perfecto, sólo le faltaban los bonitos zapatos de plataforma. Si Massimo la veía así seguro que podría volver a encender la llama del deseo, pero recordando la última experiencia, no sabía si correr el riesgo.

Tardó varios días más en decidirse, pero el viernes no fue a misa, esperó valientemente delante del escaparate de la zapatería de lujo a que el vendedor abriese la persiana metálica, la mirada fija en los zapatos expuestos. Era un doble reto, comprar los zapatos del deseo y enfrentarse a la mirada del vendedor. Se había vestido exactamente igual que la última vez.

Fue una chica la que salió del portal vecino a abrir. Entró detrás de ella desconcertada, buscando con la mirada al joven que turbaba sus recuerdos. Todo estaba en su sitio, los dependientes ordenando y limpiando

do, la señora clasificando papeles...

—¿Buscaba algo en especial? —preguntó la amable chica que había abierto la puerta.

Constanza se quedó unos segundos descolocada y contestó rápidamente.

—Sí, por favor, quería probarme estos zapatos de alza.

La dependienta sacó su número de un armarito cercano y se agachó para ponérselo.

—*Prego Signora*¹, ¿qué pie prefiere probar?

¡Señora!, cómo había cambiado todo en una semana; ahora era señora.

— El derecho. A propósito, no veo al joven que me atendió la última vez.

—Lo han despedido la semana pasada —contestó la agradable dependienta mientras deslizaba con cuidado su pie en el bonito y delicado zapato con plataforma.

—¿Cómo ha sido?

La chica se acercó y le dijo muy bajito en confidencia:

—Aprovechaba para mirar debajo de las faldas de las clientas mientras les probaba los zapatos, y una ha montado un escándalo.

—Alguna rancia —dijo Constanza pensando en su propia reacción.

—No se crea, desde que estaba aquí algunas de nuestras clientas más rancias venían a comprar dos o tres pares de zapatos a la semana. Creo que ahora van a otra zapatería.

—Ah!

—En via Borgognona, la siguiente calle.

—Sí, la conozco.

Hubo un silencio cómplice durante el que las dos contemplaron los zapatos y la dependienta preguntó:

—¿Le gustan los zapatos?

—Son perfectos, me los quedo. ¿Tendrían algunas deportivas?

La dependienta la miró con sorpresa.

¹ —Por favor Señora,

—No señora, aquí sólo vendemos zapatos de vestir, pero si es para caminar tenemos unas Vans¹ preciosas.

—Si me las enseña...

¹ **Vans:** marca de zapatillas hechas especialmente para skater. Son resistentes, duraderas con un estilo básico único. Fue creada en 1966 por Paul Van Doren. El nombre de la marca proviene de su nombre.

9

Asilah, Marruecos.

—No he podido escaparme antes, tenía que solucionar un problema con la recogida de basuras y la incineradora. Esas huelgas nos dan muchos problemas. Espero que no se te haya hecho demasiado larga la espera. ¿Te ha gustado cómo ha quedado la casa? —preguntó Massimo.

—Es preciosa, y las vistas al mar inmejorables. Llevo tres días desayunando en el porche, delante de la piscina. Es el mejor regalo que podías hacerme.

Iba vestida con un traje de algodón blanco que apenas le tapaba sus piernas bronceadas, los inexistentes tirantes dejaban al descubierto unos deliciosos hombros dorados. La mirada de Massimo era inequívoca y ella no desperdició la ocasión.

—Nuestra habitación tiene unas vistas maravillosas —dijo con mueca perversa, cogiéndole por la mano y atrayéndole hacia las escaleras.

—No me cabe la menor duda, sobre todo las interiores.

Massimo estaba... enamorado no era la palabra, la deseaba, ella era capaz de hacerle... sólo con pensarlo le hervía la sangre. Había tenido experiencias, muchas, pero ninguna era como ella, la había redescubierto y esto iba a más, no dejaba de sorprenderlo cada día. Todo en ella le gustaba, sobre todo su manera de vestir, osada y sexy, su cuerpo firme y nervioso. Se notaba su paso por el gimnasio. Se sentía un hombre afortunado, estaba deseando llegar al dormitorio para poder admirar aquellas vistas...

A media escalera ella se volvió para decirle con un tono normal y mundano:

—Se me olvidaba, tu mujer me ha llamado un montón de veces. No

le he cogido el teléfono, ya la llamaré cuando vuelva a Barcelona.

—Olvídate de esa rancia y no me vuelvas a hablar de ella.

Entraron en la inmensa habitación en un torbellino de deseo. Inés siempre había sabido volver locos a los hombres, pero a éste más todavía, era su hombre, desde siempre y para siempre.

10

Massimo estaba recuperándose en la gran cama blanca, completamente deshecha por el combate librado allí hacía poco. Inés había recibido una llamada desde Barcelona y se retiró a hablar al salón para luego ir a nadar a la piscina. Oía claramente el chapoteo del agua que subía por la balconada de la habitación.

La había conocido al mismo tiempo que a su futura mujer a quien aventajaba diez años, durante la fiesta oficial de pedida, en Barcelona. Constanza era joven, guapa y discreta, de buena educación, pero Inés tenía algo más, algo que transmitía con sus miradas inequívocamente impúdicas, algo de zorrilla de buena familia. Desde luego no era una mujer para casarse; qué hombre de su clase social cargaría con semejante polvorín. Ese tipo de mujeres busconas y liberales acaban creando problemas. Están bien como amantes, pero no en casa. Para eso estaba Constanza, una chica maleable, que acataba todas sus decisiones. Una mujer clásica y discreta, que no tenía ni amigas, salvo a Inés, así no había riesgo de cotilleo. Hacía su vida en torno a él, para él. Sus únicas salidas eran a misa y a la peluquería de Zoe, la peluquera de las mujeres de Nápoles, modesta pero trabajadora, casada con Paolo, el de la Pizzería Paolo. Fue él mismo quien les había avalado para el préstamo del banco, todas las mujeres de los directivos de su empresa iban a la peluquería de Zoe, cómo no lo iban a hacer. La había tanteado discretamente pero no hubo respuesta y no insistió, los escándalos no eran buenos.

Unas semanas después de la pedida hizo un viaje a Londres con la excusa de una reunión de trabajo. No fue difícil dar con Inés, ella le había dejado todos sus datos en un papelito, escrito con buena letra de niña buena. Por si algún día pasaba por Londres y quería saludarla. Fueron dos días de pasión desenfundada, extremadamente sexuales, que le habían marcado profundamente. Dos días que se repitieron como mínimo una vez al mes durante dos años. Hasta que algún tiempo antes de la boda, a Inés se le olvidó tomar la píldora, un olvido calculado. Él no usaba protección, le gustaba sentirla, para eso tomaba ella contraceptivos. No le dijo que estaba embarazada hasta que se hizo visible. Fue un latigazo, una encerrona en la que él no cayó. Inés era una mujer fuerte y lo demostró, no renunció al niño y se enfrentó a toda su familia, a la vergüenza y al destierro. No dijo ni una palabra a nadie, y menos aún a su amiga del alma. No asistió a la boda, ni nadie de su familia. Terminó sus estudios y encontró un trabajo en Londres, un buen trabajo. No quiso que él la ayudase y sólo regresó a Barcelona para el funeral de sus padres, asesinados en su piso durante un robo que había acabado mal, unos meses antes de que su padre vendiese sus empresas a un grupo italiano rival de los Di Lauro. Ella anuló la transacción y tomó el relevo con gran destreza y determinación, expandiendo el negocio. La mitad de la promoción inmobiliaria de Asilah era suya. Habían vuelto a tener relaciones hacía dos años, durante la fiesta de los dieciséis de su hijo Max. Ironía del destino: fue Constanza quien pidió a Massimo que la acompañase. Dos años en los que no había tenido relaciones con su mujer. Una mujer que no había sido capaz de darle descendencia. Pero esto ahora no tenía importancia. Tenía a Max su hijo ilegítimo, ilegítimo por poco tiempo porque estaba preparando todo para su futuro.

Inés hizo su entrada interrumpiendo sus pensamientos. Todavía estaba chorreando agua.

—Me he hecho veinte largos —dijo quitándose el minúsculo bikini y dejándolo caer en el suelo.

—¿Nunca te agotas?

—Recuerdo que en Londres siempre pedías más y más.

—Eran otros tiempos...

Inés asintió mientras se tumbaba a su lado. Él no se había cuidado tanto. Cuando lo había conocido era un hombre alto y atractivo, el perfecto italiano de película. Ahora había pasado los cincuenta, tenía el pelo gris en las sienes y grandes entradas que le ampliaban la frente y le hacían parecer más inteligente, arrugas bien definidas que reforzaban su carácter, vestía ropa cara que le procuraba una imagen distinguida y seductora muy masculina. Había que quitar el papel de regalo para descubrir unas piernas demasiado delgadas y fibrosillas, una incipiente y flácida tripa-buche, la falta de pectorales y hombros en los que apoyar la cabeza después de... Había conocido hombres más mayores que estaban en muy buenas condiciones, la edad no era una excusa. Massimo tenía verdadera aversión a los gimnasios, y a todo ejercicio físico en general. Cerró los ojos, no tenía solución, había que centrarse en la parte positiva, la imaginación femenina haría el resto...

¿Te ha gustado y quieres leer más?

No lo dudes encuéntralo en:

viewBook.at/La_confesion_de_Constanza

...

Muchas gracias.